

Enric Juliana

Tras las elecciones gallegas

Volvemos a la casilla del indulto

La Vanguardia, 20 de febrero de 2024.

El campo conservador pierde un diputado, que gana el campo progresista y las cosas quedan casi como estaban. Sin novedad en el bloque de poder que gobierna Galicia desde el principio de la autonomía en 1981, con solo dos paréntesis de no muy larga duración. Para ser más precisos, el Partido Popular pierde dos escaños, la candidatura populista de Ourense obtiene uno, y la izquierda con representación parlamentaria (Bloque Nacionalista Galego y PSOE) gana uno, en su conjunto. Sin novedad en el frente. Esa podría ser una lectura estática y muy esquemática de los resultados del domingo. Una lectura que tiene trampa.

El bloque conservador y el bloque progresista están casi empatados en voto popular. Partido Popular, Vox y Democracia Ourensana, que así se llama la plataforma inventada por el alcalde Gonzalo Pérez-Jácome, suman 748.296 votos, el 50,5%. El bloque progresista (BNG, PSOE, Sumar y Podemos) suma 706.790 votos, el 47,7%. Entre ambos bloques hay una diferencia de 41.506 votos. Si consideramos las líneas de fondo de la política, Galicia es una sociedad casi empatada entre derecha e izquierda, con una cierta mayoría conservadora. Si la circunscripción electoral fuese Galicia como distrito único, el sistema proporcional daría una ventaja mucho más corta al Partido Popular en número de escaños. Pero no es así. Con una ventaja de sólo 41.506 votos en el cómputo general, el bloque conservador consigue seis escaños de ventaja sobre el bloque progresista (a razón de siete mil votos por escaño), gracias a una ley electoral que ofrece una mayor representación a las provincias de Lugo y Ourense, y también gracias a la frenética fragmentación del bloque progresista que ha tirado a la papelera los pocos votos obtenidos por Sumar y Podemos, víctimas de una pelea cada vez más triste y patética.

La clave de bóveda: las elecciones en Galicia se rigen por una adaptación regional del régimen electoral vigente desde 1977 en toda España. Un ley electoral que tiene como sesgo principal una corrección conservadora del voto mediante una mayor representación de las antiguas provincias rurales, hoy menos pobladas y más envejecidas.

Veamos algunos datos relevantes. En la ciudad de Vigo, la ciudad más poblada de Galicia (293.600 habitantes) y principal centro económico de la comunidad, el bloque progresista cosechó anteayer el 60% de los votos. En A Coruña, la otra gran ciudad, con 244.800 habitantes, el bloque progresista ganó con el 50,6%. En la capital política de Galicia, Santiago de Compostela, el bloque progresista ganó también con un porcentaje similar, 50,8%. En Lugo capital, el bloque conservador consiguió el 52%. Y en Ourense capital, el bloque conservador alcanzó un contundente 58,4%. Esos datos son significativos, pero no sólo votan las ciudades. En Galicia la batalla se libra sobre todo en los pequeños municipios, por lo tanto hay que acudir al cómputo provincial.

El bloque progresista sólo vence en la provincia de Pontevedra, con el 52%. Los conservadores ganan por muy poco en la provincia de A Coruña (50,3%) y obtienen contundentes victorias en Lugo (55%)

y Ourense (60,2%). Puesto que Lugo y Ourense tienen un plus de representación, el voto de ambas provincias es el que inclina definitivamente la balanza. Conseguir un escaño en la provincia de Ourense cuesta unos 10.000 votos, conseguirlo en la provincia de A Coruña ronda los 20.000. Veámoslo con otras cifras: al Partido Popular, especialmente fuerte en Lugo y Ourense, cada escaño le ha costado un promedio de 14.947 votos en toda Galicia. Al Bloque Nacionalista Galego, 16.386 votos de promedio, y al PSOE, 18.125. ([Fuente: Jaime Miquel, analista electoral, en Infolibre](#)).

El sistema electoral es la principal muralla defensiva de la derecha en Galicia, pero no simulemos sorpresa porque esa corrección conservadora viene funcionando desde las primeras elecciones democráticas de 1977. Es la ley Suárez. Es la ley ideada en 1976 por Torcuato Fernández Miranda para consolidar la provincia (gobernadores civiles y presidentes de diputación) [como válvula de seguridad de la ley de Reforma Política](#), aprobada en referéndum en noviembre de aquel año. Evidentemente, Manuel Fraga nunca quiso corregir el sesgo rural de las elecciones gallegas e incluso ideó otros mecanismos de protección: el umbral del 5% para obtener representación parlamentaria y la prohibición de que los alcaldes puedan ser candidatos al Parlamento autonómico, como muy bien [explicaba Anxo Lugilde](#) hace unos días en *La Vanguardia*.

Presten atención a este dato. Un alcalde gallego puede ser diputado en el Congreso, en Madrid, pero no en Santiago de Compostela. El alcalde de Ourense, Pérez Jácome, no ha podido presentarse al frente de su plataforma populista y ha tenido que delegar en un lugarteniente. El alcalde de Vigo, Abel Caballero, el más votado de España, no podría encabezar la lista del PSOE en Pontevedra. Para las fuerzas de oposición no es fácil foguear a sus mejores cuadros políticos, compaginando el ámbito local y el autonómico. Ana Pontón no ha sido alcaldesa pero lleva veinte años en el Parlamento de Galicia. La gente la conoce y la identifica perfectamente con la esfera autonómica. Mientras otros y otras se mudaban a Madrid, ella picaba piedra en Santiago, [construyendo el personaje que acaba de ganar la batalla de la proximidad](#). El PSOE ha ido cambiando de candidato cada cuatro años. Y Sumar ha recurrido a un ejercicio de paracaidismo (Marta Lois) que estaba llamado al fracaso.

Esas son las tripas de los resultados en Galicia, pero las percepciones siempre son más simples, más epidérmicas, más rápidas. La política se ha de poder explicar fácilmente. Hoy la percepción dominante es que el Partido Popular ha ganado con rotundidad, marginando a un Vox de capa caída. Y que el PSOE se ha pegado un buen castañazo en beneficio del Bloque Nacionalista Galego, mientras Sumar y Podemos se hunden en la miseria. Todo ello es rigurosamente cierto.

La política nunca es estática. La política es dinámica. En política es fundamental la gestión de las expectativas. La campaña se inició con la sensación de que el Partido Popular iba a ganar con toda seguridad. Nadie ponía en duda esa premisa. Esa sensación empezó a modificarse ante el sorprendente empuje de Pontón en los sondeos. Las expectativas del PP se estropearon con el supuesto [desliz de Alberto Núñez Feijóo al hablar de un posible indulto](#) a Carles Puigdemont. Empezó a cundir el pánico entre los populares, que activaron mecanismos de urgencia días antes del 18 de febrero (pago de subvenciones a los marisqueros e inmediata subida de sueldo del personal sanitario) y en el último momento se produjo una movilización defensiva del electorado conservador, seguramente facilitada por el activismo de Pedro Sánchez durante los últimos días de campaña. Sánchez ha viajado unas diez veces a Galicia durante el periodo electoral.

Prácticamente todos aquellos ciudadanos que votaron PP en las generales del 23 de julio del 2023 ha regresado a las urnas este pasado domingo. La personalidad de Ana Pontón gustaba a los electores socialistas y no disgustaba en exceso a los populares, pero la estrella roja de la bandera del BNG sigue inquietando a la Galicia conservadora. Alberto Núñez Feijóo le complicó la campaña a Alfonso Rueda, pero el activismo de Sánchez en Galicia ayudó a movilizar al electorado popular. Datos: en las elecciones generales del 23 de julio, 712.881 personas votaron al PP en Galicia y este domingo, los populares recibieron 700.491 papeletas. Entre ambas citas electorales, el PSOE pasa de 486.832 votos a 207.691, y Sumar, de 178.691 a 28.171. El salto del BNG es brutal: 153.995 votos en julio, 467.074 en febrero. Un partido que sólo tiene un diputado en el Congreso acaba de conseguir un tercio (31,5%) de todos los votos emitidos en Galicia. Mérito de Ana Pontón, que ha estado picando piedra durante veinte años, mientras los otros iban y venían.

El PSOE, devorado por los nacionalistas. Yo más bien diría lo contrario: la trilogía ERC, BNG y Bildu, llevan tiempo dejando de ser independentistas, poco a poco, para captar electores socialistas con la ayuda del relevo generacional. El pasado domingo Ana Pontón era la candidata más atractiva de todo el bloque progresista. El 40% de los nuevos electores gallegos han votado Pontón. Con una candidata como ella, el PSOE, sin la estrella roja en la bandera de Galicia, habría destronado al Partido Popular. ¿Por qué el PSOE no tiene a una Ana Pontón en cada autonomía? Esa es la cuestión.

Hay que volver a la que podía haber sido la escena del crimen, la escena principal de la campaña. La oferta de indulto a Puigdemont (indulto con condiciones) hizo trastabillar al PP cuando lo vio publicado en la prensa. Feijóo se asustó e inmediatamente empezó el lanzamiento de cuchillos en Madrid. “Este PP no tiene ni media bofetada”, escribía el veterano periodista José Antonio Zarzalejos el pasado jueves. Zarzalejos es un hombre con cultura política y experiencia. Transmitía con sinceridad la percepción dominante en la capital de España en la recta final de la campaña gallega. Puesto que a toro pasado, todos somos toreros, he de confesarles que yo y otros colegas de profesión tampoco vimos venir que el desconcierto provocado por Feijóo acabaría generando una reacción defensiva del electorado popular. En su afán por batir de manera fulgurante a su principal adversario y sembrar el desconcierto en las filas de la derecha, Sánchez contribuyó a esa reacción defensiva y ahogó con su protagonismo al candidato socialista Gómez Besteiro, para mayor gloria del BNG. A toro pasado...

Llevo días dándole vueltas a la cuestión del indulto y me reafirmo en que Feijóo transmitió ese mensaje con toda la intención del mundo, aunque luego se asustase. Ese mensaje contiene un código dirigido a Junts y al PNV que dice lo siguiente: “Si estranguláis la legislatura, os lo sabré agradecer”. Si el PP hubiese perdido la mayoría absoluta o se viese obligado a negociar el apoyo del excéntrico Pérez Jácome, Madrid DF estaría pidiendo ahora mismo la cabeza del hombre que no tenía ni media bofetada. Con el resultado del domingo, el código Da Vinci está siendo releído por Carles Puigdemont y por su abogado, Gonzalo Boye. Ese mensaje es ahora la clave principal del espeso momento político español. Lo veremos todavía más claro después de las elecciones vascas, europeas y catalanas. Sobre todo, después de las catalanas, si antes no tenemos sorpresas.

La política no es una bola de cristal. La política son corrientes de fondo y caóticas contingencias.